



EL OBISPO DE JAÉN

HOMILÍA EN LA MISA CRISMAL DE 2026 “CONFIGURADOS CON CRISTO SACERDOTE- ESPOSO”

«Son las cinco de la mañana y casi todos los sacerdotes nos encontramos congregados con los enfermos. ¡Espectáculo magnífico!... La santa Misa ha comenzado y los sacerdotes nos hemos arrodillado junto al altar; en verdad que nos vemos calumniados, pobres, despreciados, perseguidos, pero debo proclamar que nunca como hoy hemos gozado de tan amplia libertad de espíritu... Soplaron vientos huracanados del infierno sobre este templo desgraciado, y toda su grandeza y todos los canónigos, la custodia, el órgano, las solemnidades, todo desapareció. ¿Todo? ¡No!, nos queda la fe, y ella nos lleva a Cristo, al Buen Jesús, que es todo Luz, medicina, alimento, refrigerio, descanso y, sobre todo, Amor, que es más fuerte que la muerte. Y con el amor en los pechos somos invencibles¹».

Queridos hermanos sacerdotes; queridos diáconos, seminaristas, religiosos y religiosas; querido pueblo santo de Dios que peregrina en Jaén:

Comienzo así, con estas palabras escritas por D. José Antonio del Río Alados, Arcipreste de Alcalá la Real, recordando el Jueves Santo de 1937 en esta Catedral, convertida en prisión, pues estas palabras me parecen que nos sitúan, de inmediato, en el lugar santo que hoy ocupamos y en la verdad más honda de lo que celebramos. Esta hermosa Catedral, que hoy nos reúne para la Misa Crismal, conoció también el dolor, la humillación, la persecución y la pobreza extrema. Y, sin embargo, precisamente aquí, cuando parecía que todo desaparecía, permanecía lo esencial: la fe, el amor a Cristo y la fidelidad sacerdotal, la fidelidad sponsal llevada incluso hasta final. Así lo testimonia el relato de aquellos sacerdotes presos que, en una pobre mesa habilitada para altar, siguieron celebrando al Señor en medio de la “noche”.

Por eso, al celebrar hoy esta Misa Crismal, no podemos dejar de mirar también a nuestros 124 mártires, cuya beatificación celebrábamos el pasado diciembre, uniéndose así a los 7 ya beatificados, y encabezados por nuestro obispo Manuel Basulto, sintiéndome honrado por ser su sucesor.

¹ Relato tomado del escrito de D. José Antonio del Río Alados, Arcipreste de Alcalá la Real, compuesto el Jueves Santo de 1953

Aquellos sacerdotes fueron parte viva de nuestro presbiterio y de nuestra memoria creyente. Y nos recuerdan que el sacerdocio sólo se entiende desde la entrega, y que la fidelidad no es una palabra bonita, sino una forma concreta de amar a Cristo y a su Iglesia hasta el final.

Y junto a esa memoria agradecida, quiero expresar hoy mi gratitud a todos vosotros, queridos sacerdotes de la diócesis. Gracias por vuestra vida entregada. Gracias por la Eucaristía celebrada cada día, por la Palabra anunciada, por el perdón ofrecido en el sacramento de la Reconciliación, por la visita a los enfermos, por la paciencia pastoral, por la cercanía a los pobres, por el trabajo escondido y por tantas horas silenciosas gastadas en favor del pueblo de Dios. Gracias por vuestra perseverancia, por vuestra generosidad y por vuestro amor a esta Iglesia de Jaén.

Tomando un símil del recordado Cardenal D. Fernando Sebastián Aguilar, nuestra Iglesia diocesana de Jaén es *“como un autobús en marcha”*. No está parada ni va sin rumbo. Tiene una meta, un horizonte, una dirección. Cambian los conductores, cambian los tiempos, cambian los métodos, pero el autobús sigue su ruta.

Y esa ruta no la inventamos nosotros. La marca Cristo y la recibe la Iglesia. Nuestra diócesis existe para hacer presente aquí a la Iglesia universal, para anunciar el Evangelio, para enseñar la fe, para ayudar a los fieles a caminar hacia la santidad, para suscitar corresponsabilidad, para servir a todos y para trabajar por un mundo más humano, más justo y más abierto a Dios. Lo demás puede variar: las acciones pastorales, los planes, los estilos, los acentos, los instrumentos, los agentes. Pero no puede cambiar el destino. No puede cambiar la misión. No puede cambiar el centro.

Y en ese camino, nosotros, los sacerdotes, no somos pasajeros. Somos *“servidores”* de la marcha del pueblo. Estamos llamados a sostener, orientar, acompañar y cuidar, para que nadie pierda el rumbo y para que todos avancemos juntos, en sinodalidad.

Por eso, esta Misa Crismal tiene también un valor profundamente diocesano. Nos recuerda que no servimos a una parcela aislada, ni a un pequeño proyecto propio, ni a una comunidad cerrada sobre sí misma. Servimos a una Iglesia diocesana concreta, que hace presente a la Iglesia Universal, Cuerpo de Cristo, con una historia, con unos santos, con unos mártires, con una misión y con una esperanza. Y lo hacemos unidos, no dispersos; en comunión, no por libre; como presbiterio, no como individualidades.

Me vais a permitir que os comparta cuál es el corazón de esta homilía, que parte de dos preguntas: ¿Quién es el sacerdote? ¿Cómo entender de verdad nuestra identidad, esa que debemos hacer vida cada día? Y que me llevan a PDV n. 22:

“La entrega de Cristo a la Iglesia, fruto de su amor, se caracteriza por aquella entrega originaria que es propia del esposo hacia su esposa, como tantas veces sugieren los textos sagrados. Jesús es el verdadero esposo, que ofrece el vino de la salvación a la Iglesia (cf. Jn 2, 11). Él, que es «Cabeza de la Iglesia, el salvador del Cuerpo» (Ef 5, 23), «amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela a sí mismo resplandeciente; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada» (Ef 5, 25-27). La Iglesia es, desde luego, el cuerpo en el que está presente y operante Cristo Cabeza, pero es también la Esposa que nace, como nueva Eva, del costado abierto del Redentor en la cruz; por esto Cristo está «al frente» de la Iglesia, «la alimenta y la cuida» (Ef 5, 29) mediante la entrega de su vida por ella. El sacerdote está llamado a ser imagen viva de Jesucristo Esposo de la Iglesia”.

El sacerdote es un hombre configurado con Cristo Sacerdote, y por eso también con Cristo Pastor, Cabeza y Esposo de la Iglesia. No hemos recibido simplemente una tarea. Hemos sido marcados sacramentalmente para ser imagen viva de Jesucristo Esposo, que ama a su Iglesia y se entrega por ella.

a) El estupor del amor sponsal de Cristo

Lo primero en nuestro ministerio no es nuestra respuesta, sino su amor. Lo primero es siempre Cristo. Él ama a su Iglesia como Esposo. La ama con un amor fiel, radical, entregado, fecundo. No se guarda nada para sí. Se da entero. La alimenta, la cuida, la santifica, la embellece, la sostiene. La ama hasta el extremo.

Nuestro sacerdocio sólo se entiende desde ese amor. Si perdemos el asombro, “el estupor” ante el amor de Cristo a su Iglesia, el ministerio se enfría y puede reducirse a función, costumbre o trabajo. En cambio, cuando volvemos a contemplar cómo Cristo ama a su pueblo, entonces comprendemos de nuevo por qué merece la pena entregarlo todo.

b) Llamados a reproducir los sentimientos y las actitudes de Cristo

Queridos hermanos, no basta con hacer “cosas de sacerdote”. Estamos llamados a tener los sentimientos de Cristo. A mirar como Él, a servir como Él, a compadecernos como Él, a permanecer como Él.

Esta es una llamada exigente, porque nos obliga a revisar el corazón. Podemos cumplir exteriormente muchas tareas y, sin embargo, ir perdiendo

interiormente el alma sacerdotal. Por eso la Misa Crismal es también un momento de verdad.

c) Amarla con un corazón nuevo

Si la Iglesia es la Esposa amada de Cristo, entonces nosotros no podemos servirla con un corazón viejo, estrecho, resentido o dividido. Hemos de amarla con un corazón nuevo.

Un corazón nuevo no quiere decir un corazón perfecto, sino un corazón renovado por la gracia, purificado, unificado, capaz de ternura, de cercanía, de misericordia, de paciencia; un corazón libre de apropiación y de protagonismo, no busca poseer a la Iglesia, sino servirla, que no se instala en el “yo”, sino que aprende a decir de verdad “nosotros”.

Amar a la Iglesia con un corazón nuevo significa amar la parroquia que se nos ha confiado – como esposa -, amar a nuestra diócesis, el pueblo real que tenemos delante, los laicos concretos con sus procesos lentos, los jóvenes con sus preguntas e inseguridades, los ancianos con su fragilidad, a los pobres con su urgencia, los hermanos sacerdotes con sus diferencias, y esta diócesis concreta con su historia y su misión.

Amarla con un corazón nuevo significa no hablar de la Iglesia como si fuera “una carga ajena”, sino como la Esposa que Cristo nos confía para servirla y amarla.

d) Serle fiel

Como bien sabemos, la sponsalidad pide fidelidad. Fidelidad en la oración, en la celebración de la liturgia, en la predicación del Evangelio, en la obediencia, en la comunión eclesial, en la caridad pastoral, en el celibato vivido con verdad y alegría.

El Papa León XIV, en su carta *Una fidelidad que genera futuro* (8/12/2025), nos ha recordado que la fidelidad sacerdotal es *servicio, fraternidad, sinodalidad, misión y futuro*, y no es algo estático ni una simple resistencia exterior, sino una gracia de Dios y un camino permanente de conversión; una fidelidad que hay que custodiar, renovar y vivir también cuidándonos unos a otros.

Nuestros mártires nos enseñaron precisamente eso: que la fidelidad vale más que la propia vida. Y aquellos sacerdotes presos en esta Catedral nos mostraron que, cuando aparentemente se pierde todo, todavía queda lo decisivo: la fe, el amor y la fidelidad a Cristo.

e) *Viviendo la entrega total de nuestra vida por ella*

Y todo esto desemboca aquí: en “la entrega total de la vida”.

El sacerdote no está llamado a reservarse espacios de sí mismo “para vivir a salvo del Evangelio”. Está llamado a entregarse. A gastar la vida. A hacer de su ministerio una ofrenda. A decir con verdad, no sólo en el altar sino en toda su existencia: “*esto es mi cuerpo, entregado*”.

La Iglesia, nuestra esposa, no necesita de nosotros sólo eficacia, ni sólo organización, ni sólo capacidad de gestión. Necesita amor. Necesita pastores enamorados de Cristo y entregados a su pueblo. Necesita sacerdotes que no midan su servicio por horarios del corazón, que no se instalen en la queja, que no vivan calculando lo que dan, sino que aprendan a darse.

Por eso, cuando dentro de unos momentos renovemos nuestras promesas sacerdotales, no haremos simplemente un gesto ritual. Estaremos diciendo de nuevo al Señor: *aquí estoy; sigo siendo tuyo; quiero seguir sirviendo a tu Iglesia; quiero seguir amándola con tu mismo corazón.*

Y en este camino hemos de mirar a María, Madre de los sacerdotes. Ella acogió al Ungido del Padre, permaneció fiel junto a la Cruz y recibió como madre a la Iglesia nacida del costado abierto de Cristo. Ella nos enseña la fidelidad, la disponibilidad, el silencio fecundo, la perseverancia en la prueba.

María enseña al sacerdote a amar a la Iglesia con delicadeza, con pureza de corazón, con paciencia y con fortaleza. Nos enseña a no vivir para nosotros mismos, sino para Cristo. Nos enseña a permanecer.

Por eso, hoy le pedimos que sostenga a nuestros sacerdotes; que consuele a los cansados, fortalezca a los más frágiles, enfermos y ancianos, confirme a los jóvenes y mantenga unido a nuestro presbiterio.

Queridos hermanos, hoy esta Catedral, que conoció la oscuridad de un Jueves Santo de persecución, vuelve a llenarse de sacerdotes reunidos en torno a su obispo. Hoy, la memoria de nuestros mártires nos acompaña.

Hoy, la Iglesia diocesana contempla a sus presbíteros renovar sus promesas y, también, el Señor nos recuerda de nuevo quiénes somos: *somos hombres configurados con Cristo Sacerdote, llamados a amar a la Iglesia con el corazón mismo de Cristo Esposo.*

“A las palabras del sacerdote: Ecce Agnus Dei. Los enfermos se han incorporado en su lecho, y en sus rostros, en los que ya han brotado las flores del sepulcro, se dibuja una plácida sonrisa; por un momento se transfiguran y las pálidas flores de sus mejillas parecen los rosiclères de un bello amanecer. Jesús, el Hijo de Dios vivo, hecho Carne y Alimento de las almas, desciende al pecho de aquellos pobres agonizantes y también al nuestro; en ellos, como en templos vivos, recibe fervorosos testimonios de amor, de veneración, de conformidad con su divina voluntad. En todo brilla la Providencia de nuestro Padre celestial, quien, compadecido de nuestro desamparo y de nuestra miseria, se ha dignado, no sólo visitarnos, sino también ‘hacerse preso’ y vivir ‘con los presos’ en este Jueves Santo de eterna recordación.” (Idem)

Felicidades por vuestra esponsalidad sacerdotal.

✠ Sebastián Chico Martínez
Obispo de Jaén